

# DIARIO DE CÓRDOBA

APARTADO N.º 30

PERIÓDICO INDEPENDIENTE, DECANO DE LA PRENSA CORDOBESA

Dirección telegráfica: DIARIO

TELÉFONOS

ÚLTIMAS NOTICIAS DE LA MADRUGADA

FRANQUEO CONCERTADO

N.º 21,353

Subscripción en Córdoba. Trimestre, 5 Ptas.  
Ídem resto de España. . . . . 10  
Ídem en el extranjero. . . . . 15  
Fago adelantado. Número suelto, 10 céntimos.

DOMINGO 17 DE NOVIEMBRE DE 1918

Las señoras suscriptoras tienen derecho a insertar en la cuarta plana un anuncio al mes, que no exceda de quinientos líneas y que sea de su interés exclusivo, abonando previamente el impuesto del timbre, a razón de diez céntimos por cada inserción.

AÑO LXIX



PRIMER ANIVERSARIO DEL SEÑOR

## D. Manuel García Lovera

Abogado y Director propietario del "Diario de Córdoba,"  
FALLECIO EN ESTA CAPITAL EL DIA 19 DE NOVIEMBRE DE 1917  
HABIENDO RECIBIDO LOS AUXILIOS ESPIRITUALES  
Y LA BENDICION DE SU SANTIDAD

R. I. P. A.

Su desconsolada viuda doña Araceli Osuna y Pineda suplica, a sus amigos y personas piadosas, que tengan la bondad de asistir a las honras fúnebres que se celebrarán en la iglesia parroquial del Salvador y Santo Domingo de Silos, el día 19 del corriente, a las once de la mañana, favor por el que les quedará eternamente agradecida.

Todas las misas que se celebren en todas las Iglesias parroquiales y auxiliares de Córdoba, como así mismo en las de los conventos de comunidades religiosas y casas de beneficencia, y las que se digan por los profesores del Seminario Conciliar de San Pelagio y del Colegio de Padres Salesianos, en sus respectivas capillas, serán aplicadas en sufragio por el eterno descanso del alma del finado. Hay concedidas indulgencias en la forma acostumbrada.

### RECUERDOS DE OTROS DIAS

#### EFFECTOS DE UN ARTICULO

Encontrar un director para el semanario *La Cotorra* en la segunda etapa de su publicación era tan difícil como la entrada de un usurero en la Gloria.  
Como que tal cargo resultaba una verdadera canchagua. Aparte de no estar bien retribuido, quien lo desempeñaba hallábase constantemente expuesto a que le rompieran el bautismo de un estacazo, lo cobraban fuera las mujeres de un par de bofetadas o lo enviaban a vernear a la Cárcel.  
Por todas estas causas los directores de *La Cotorra* paraban por su redacción como meteoros. En cierta ocasión en que ya estaba a punto de desaparecer el semanario por falta de persona que respondiera de los escritos que en aquel apareamiento, la Providencia le deparó un director que ni llovía del Cielo.  
El no quería sueldo, ni gratificación, ni billetes para los espectáculos, pretendía únicamente ostentar el título de director de un periódico y, a cambio de él, hasta se hallaba dispuesto a contribuir a los gastos de *La Cotorra*.  
Como se trataba de un puesto honorífico, nuestro hombre para nada intervenía en los trabajos de confección del periódico, ni censuraba los originales, ni iba a la redacción más que para convidar a sus compañeros los que escribían el batallador semanario o para suplicarles que denunciaran, suplica que jamás fué atendida, la persecución de que le hacían víctimas las autoridades y sus dependientes.  
Esta persecución consistía en los partes que, a diario, formulaba contra él la Guardia municipal; en las multas que le imponía el Alcalde y en los juicios que le instruía el Juzgado, con razón sobrada para ello, pues el titulado director de *La Cotorra*, un pobre diablo que pasó gran parte de su vida sumido en la miseria, vió un día en posesión de una regular herencia, compró un coche, se empesó en guiarlo sin que Dios le hubiera dotado de condiciones de auriga y el día que no atropellaba a un transeúnte hacía aflorar la sonrisa de una arropiera u obligaba al caballo a meterse en un escapepate.  
Por eso cuando al individuo en cuestión salía a pasear en carruaje todos los agentes de la autoridad eran pocos para intervenir en los desajustes que producía y la gente, al ver el vehículo a un kilómetro de distancia, corría para resguardarse en los portales de las casas, al grito de ¡dévase al que pueda!  
Había en Córdoba, por aquella época, unos cuantos jóvenes dedicados exclusivamente a la

crápula, los cuales comían toda clase de abusos, ocupados en la inmundicia del dinero y la influencia proporcionan.  
Un día penetraron en una casa de mal vivir y, después de promover un escándalo formidable, arrojaron por los balcones, a la calle, todos los muebles y efectos, convirtiéndolos en añicos y tras de ellos las mujeres, que resultaron magulladas y algunas con graves lesiones.  
El hecho se comentó en casinos y cafés pero no hubo agente de la autoridad que lo denunciase.  
El día siguiente al del vergonzoso suceso se presentó en la redacción de *La Cotorra* una persona muy conocida en esta capital, con unas cuartillas para que se publicara su contenido en el caso de estimarlo conveniente.  
Tratábase de un artículo titulado *Otano*, escrito con gran corrección literaria y forma brillante, en el que se condenaba al acto de barbarie efectuado por los jóvenes aludidos, dirigiese a estos los más duros calificativos y se censuraba a las autoridades por no imponerles el castigo que merecían y dejar impunes hechos impropios de una población civilizada.  
Huelga consignar que la redacción acogió con entusiasmo el artículo y prometió publicarlo de fondo en el primer número que saliera a luz.  
El autor del trabajo, un bizarro militar tan diestro en las armas que aboyaba, de un balazo de pistola, una moneda de cinco céntimos colocada a una distancia inconcebible y partía, a sablazos, cuantas aceitunas le arrojaban al espacio, manifestó su deseo de que se le guardara el incógnito pero advirtiendo que, en el caso de que alguien pidiera explicaciones se le dijese que fuera a pedirlas a él.  
Llegó la mañana del domingo: los muchachos empezaron a recorrer las calles pregando *La Cotorra*, y el público les arrebató los números, pues bien pronto se extendió la noticia de que el periódico *venta bien* aquella semana.  
El éxito fué completo; hubo necesidad de duplicar la tirada y en todas partes no se hablaba más que del artículo *Otano*.  
Los jóvenes aludidos en él, todos presa de gran indignación, reuniéronse inmediatamente y convinieron, por unanimidad, que era preciso comerciar los higados del director de *La Cotorra*.  
Sin pérdida de tiempo fueron en su busca al café en que a aquellas horas se le solía encontrar.  
Allí estaba, en efecto, apurando una copa de Benedictino.  
Los jóvenes le rodearon y con cara feroz y actitud melodramática exigieron una reparación por las ofensas recibidas. Como estas eran muy graves ellos no se conformaban con una rectificación; se imponía un duelo en condiciones te-

arribles, un duelo a muerte, porque solo la sangre podía borrar tales ofensas.  
El flamante director paleó; no se le pudo poner el pelo de punta porque era calvo pero en su rostro se notó ese brillo especial que el vulgo denomina la *herradura de la muerte*, y tembloroso, sin apenas poder articular las palabras, tartamudeando, declaró que él no era el autor de tal artículo ni lo había leído siquiera.  
Objetáronle que, no obstante, por su cargo, estaba obligado a responder del escrito, puesto que no tenía firma, y entonces, señalando a la única tabla de salvación que hallaba en su naufragio periodístico, rogó a aquellos energúmenos que le concedieran un plazo para informarse de quién fuera el autor del artículo y de si estaba dispuesto a arrostrar sus consecuencias, prometiendo, bajo palabra de honor, arrostrarlas él en el triste caso de que no hubiera otro remedio.  
Los jóvenes le emplazaron para que, en el término de media hora, él o el incógnito periodista se declararan responsables de aquellas infamias.  
Todo lo de prisas que la fiereza de sus piernas le permitía encaminóse el desventurado director a la redacción de *La Cotorra*.  
Por una casualidad feliz para quien ya se consideraba al borde del sepulcro, cuando llegó, hallábase a él el militar que le había proporcionado el tremendo disgusto, comentando con los redactores el triunfo conseguido.  
Como Dios y el pájaro le dieron a entender narró la escena que se acababa de desarrollar y el trance apuradísimo en que se veía.  
¿Dónde esperan a usted esos valientes? preguntó el autor del artículo al periodista honorario.  
En el café del Gran Capitán, contestó éste.  
Pues no se apure usted, replicó su interlocutor, que ya respondo del escrito. Vamos a verlos para manifestárselo.  
La impresión de júbilo que Cristóbal Colón sintiera al poner la planta en el nuevo mundo no podría compararse con la que experimentó el abatido director del popular semanario.  
Súbitamente desapareció la palidez de su rostro y volvió a dibujarse en sus labios la sonrisa habitual.  
No habrían transcurrido veinte minutos cuando ambos estaban en presencia de los indignados jóvenes.  
El militar, después de saludarlos cortemente, díjoles que enterado de que deseaban saber quien había escrito el fondo de *La Cotorra* iba a satisfacer aquella legítima curiosidad, pues era obra suya.  
Entonces los protagonistas de la *hazaña* de la casa de mal vivir fueron los que mudaron la color y una palidez intensa cubrió sus rostros.

Recordaron, sin duda, los blancos maravillosos del escritor, hasta entonces desconocido.  
Con gran turbación manifestaron que, en efecto, solo se trataba de una simple curiosidad, pues cada cual era dueño de juzgar los actos ajenos como le pareciera, aunque ellos consideraban que se había excedido en las censuras.  
Pues he de advertir a ustedes, para que no les coja de sorpresa, agregó el militar, que no he concluido y en el próximo número publicaré otro artículo más enérgico que el de hoy.  
Dicho esto volvió a saludar y se alejó sin oír una palabra de protesta.  
No es necesario decir que el domingo siguiente apareció la segunda parte del artículo *Otano*, siendo recibida con extraordinaria complacencia por el público y que, apenas terminó la entrevista relatada, el director de *La Cotorra* presentó la renuncia de su cargo.  
Ricardo de Montis.

### El mejor digestivo Ponche Cruz Conde

#### REMITIDO

Córdoba 16 de Noviembre de 1918.—Señor Director del DIARIO DE CÓRDOBA.—Presente.  
Muy señor mío: Mucho le agradecería, por crearlo de sumo interés para el comercio de coloniales de Córdoba, diera cabida en su importante diario a la adjunta circular que los comerciantes de ultramarinos de Huelva dirigen a sus compañeros de Andalucía y Extremadura por si quieren adherirse a la justa protesta que se elevará al Gobierno, ante lo que se intenta hacer con la venta del azúcar en el año 1919.  
Gracias, señor Director, y mandé cuanto guste a su afectísimo amigo y s. s. q. e. s. m., El Presidente del Gremio de Ultramarinos, Miguel Ortega.  
Al comercio de coloniales de Andalucía y Extremadura  
La suponemos a usted perfectamente impuesto del sistema de ventas establecido, desde hace algún tiempo, por las fábricas de azúcar. Este sistema es público y notorio que durante estos últimos años se ha desarrollado en un ambiente de ventajas y preferencias en favor de dos o tres casas de Sevilla y Granada, con injusto olvido y daño del resto del comercio regional.  
En honor a la brevedad omitiremos hechos y detalles que demostrarían cumplidamente la verdad de lo expuesto.  
Basta recordar a este propósito la práctica seguida el pasado año. Se vendían grandes fotes

a la medida docena de casas privilegiadas, concretándose las operaciones a fechas diferidas y aumentando a cada última venta tres o cuatro pesetas sobre la anterior. Claro es que con tal procedimiento se conseguían cotizaciones cada vez más elevadas, en perjuicio de los demás comerciantes y consumidores y en procho exclusivo de las firmas y fabricantes mutuamente inteligenciosos.  
Ahora mismo, tasada el azúcar por una disposición ministerial, sólo las casas favorecidas han conseguido adquirir el artículo en grandes cantidades a precio legal, mientras que para el resto del comercio todos son obstáculos y evasivas.  
Está bien claro en la ley que lo que ésta quiere es suprimir revendedores; que todo almacenista, desde el más modesto al más acaudalado, encuentre azúcar en fábrica a precio de tasa, lo mismo para grandes que para pequeñas partidas; porque si así no ocurriera, el artículo se encarecería tanto más cuanto mayor fuera el número de intermediarios. Y claro es que el no tener acceso a las fábricas todo el comercio, el espíritu de la ley queda manifestadamente vulnerado.  
Entendemos que todo esto ocurre por nuestra indiferencia y cobardía, por nuestra falta de cohesión ante atropellos semejantes. Y para evitar que continúe este estado de cosas y conseguir que los beneficios de la ley alcancen por igual a todo el comercio y a todos los consumidores estimamos indispensable un amplio cambio de impresiones, a cuyo fin le pedimos que comuniquen su opinión y ánimo sobre el particular, para caso de estar conforme convocar oportunamente a una Asamblea en Córdoba, en la cual se fomen los acuerdos que convengan a los derechos e intereses de todos, comerciantes y consumidores.  
Entretanto se precisa que el comercio de esta plaza ponga en práctica inmediata y simultáneamente las siguientes advertencias: 1.º, pagar sus pedidos en firme a las fábricas; 2.º, entregar rotas de estos pedidos, con expresión de fabricantes, al alcalde, que a su vez debe pasarlos al gobernador civil de la provincia; 3.º, telegrafiar al ministro de Abastecimientos pidiendo el cumplimiento de la ley; 4.º, hacer que la Cámara de Comercio apoye calurosamente estas gestiones, y 5.º, interesar de los representantes en Cortes por esta provincia gestiones enérgicas para que el Gobierno se provea al comercio a precio de tasa.  
Esperando sus gratas noticias quedamos de usted atento, seguro servidor, q. s. s. m., Francisco Delgado Lazo.—Juan García Orta.—José Elias Serrano.—Anastasio Barro.—Viuda e hijos de Gonzalo Delgado.—Pérez y García.—Villar, Toranzo y Carrerón.—Francisco López Escandón.—Anastasio Franco Robles y Domínguez.





